



DOÑA ISABEL LA CATÓLICA REYNA DE CASTILLA.

Grabado del que publica la Academia de la Historia, según el original que se conserva en el Real Palacio de Madrid.

PRIMERA DISERTACION.

SOBRE LAS CAUSAS QUE MOTIVARON LA CONQUISTA Y MEDIOS DE SU EJECUCION.

El objeto que me propongo en estas disertaciones es examinar los puntos mas importantes de nuestra historia nacional, desde la época en que se estableció en estas regiones el dominio español, es decir, desde que tuvo principio la actual nacion mexicana y seguir á esta en sus diversas vicisitudes, hasta el momento en que vino á constituirse en nacion independiente. Ningun estudio puede ser mas importante que el que nos conduce á conocer cual es nuestro origen, cuales los elementos que componen nuestra sociedad, de donde dimanen nuestros usos y costumbres, nuestra legislacion, nuestro actual estado religioso, civil y político: por qué medios hemos llegado al punto en que estamos y cuales las dificultades que para ello ha habido que superar. Si la historia en general es un estudio necesario para conocer á las naciones y á los individuos, y para guiarnos en lo venidero por la experiencia de lo pasado, este estudio es todavía mas

importante cuando se trata de nosotros mismos y de lo que ha sucedido en la tierra que habitamos; cuando se versa sobre nuestros intereses domésticos y sobre lo que mas inmediatamente nos toca y pertenece.

Pero este mismo interés tan inmediato, que excita el conocimiento de la historia patria en el periodo de que voy á ocuparme, ha sido el obstáculo que ha impedido escribirla con imparcialidad, empleando las luces de la filosofía y el rigor de una sana crítica, para calificar las acciones y dar á cada cosa su verdadero valor. Los extrangeros que han hablado de las cosas de América, lo han hecho en lo general con pocos conocimientos, y dejándose arrastrar de sus afectos é intereses nacionales, mas han hecho declamaciones que historias. No se comprenden en esta calificación el juicioso Robertson ni el Sr. Baron de Humboldt cuya obra vino, por decirlo así, á descubrir por segunda vez el nuevo mundo, y que todavía nosotros mismos estamos obligados á consultar en todo lo que toca á la estadística de nuestra república; ¡tanta es la exactitud y abundancia de noticias que contiene! Los escritores españoles han atendido necesariamente á defender á su gobierno y á sus nacionales, aunque la justicia exige que se diga que algunos de ellos, y en especial el célebre Antonio de Herrera, el padre de la historia americana, han presentado los sucesos con tal verdad é imparcialidad, que la sencilla exposicion que de ellos nos han dejado, basta por sí sola para formar un juicio exacto de

los acontecimientos que refieren. Ninguno sin embargo ha considerado la cuestion bajo el punto de vista general que yo me propongo, ni lo permitia tampoco el plan de mera narracion, ó compilacion de hechos que los mas adoptaron. Solo Muñoz se habria acercado á mi objeto, pero su obra quedó incompleta no habiéndose publicado mas que el primer tomo.

En Méjico no han podido tratarse hasta ahora libremente estas materias, pues durante el dominio español no podian escribirse mas que loores de la autoridad existente, y cuando esta cayó, pasando las cosas al extremo opuesto, como sucede siempre en las oscilaciones políticas, el único objeto de casi todos los escritores ha sido deprimir al poder que existió, sacar á luz todos los males que pudo causar, ocultar ó disminuir los bienes que hizo y empleando estas declamaciones como una arma permitida durante la guerra, servirse de la odiosidad que ellas causaban como de medio muy oportuno de defensa. De aquí ha resultado tal confusion y extravío en las ideas, que hoy es ya necesario hacer conocer á los mas de los habitantes de la república, y esto aun á hombres que por su instruccion en otras líneas no debieran haber participado de los errores del vulgo, que cosa es y ha sido la nacion de que forman parte; conocimiento necesario, pues que los errores á que ha inducido el perderlo de vista, han sido ya causa de grandes males y pudieran serlo todavía de otros mayores. Hoy que las pasiones han calmado; que

se deja escuchar ya la voz tranquila de la razon, ha llegado la época de examinar libremente estas cuestiones y de juzgar con imparcialidad de todos los sucesos de nuestra historia, desde la conquista hasta la independencia, sin poder pasar todavía mas adelante, pues que para el periodo muy importante que comprende desde la independencia hasta nuestros dias, existen aun los mismos inconvenientes que ántes habia para hablar de la época del gobierno español: todavía el fuego de las pasiones se halla encubierto bajo una ceniza engañadora y así es menester dejar esta parte de nuestra historia, para que de ella se ocupen los escritores de la siguiente generacion, contentándonos con prepararles acopio de hechos bien averiguados, sobre los que puedan fundar su juicio.

El que vamos á ejercer sobre los tres siglos que transcurrieron desde la conquista hasta la independencia, en ninguna parte puede pronunciarse con la libertad y acierto que en nuestro país. Cesó la autoridad que impedia hablar libremente, y tenemos á la vista todos los hechos sobre que este juicio debe recaer. Pero para proceder en él con acierto, es preciso despojarnos de todas las preocupaciones que aun pueden quedar mal desarraigadas: es menester revestirnos del carácter de filósofos, que no buscan mas que la verdad, y emplear con rigor y severidad la crítica que sirve para encontrarla. Es necesario trasladarnos á los siglos á que los acontecimientos se refieren, penetrarnos de las ideas que en cada uno de ellos dominaban, acostumbrarnos á sus usos y á juzgar

á los hombres segun el tiempo en que vivieron. No hay error mas común en la historia que el pretender calificar los sucesos de los siglos pasados, por las ideas del presente, como si fuera dado á un individuo cambiar de un golpe las opiniones, las preocupaciones y las costumbres del suyo, lo cual nunca es obra de un hombre por superior que se le suponga, sino el resultado del transcurso del tiempo y el efecto de la sucesion de ideas en muchas generaciones.

Al entrar en una carrera tan nueva y erizada de no pequeñas dificultades, seria mayor el temor y desconfianza con que emprendo correrla, si no contase con la aprobacion de algunos amigos muy ilustrados á quienes comuniqué esta primera disertacion antes de leerla al Atenéo, habiéndola recibido tambien con agrado los respetables individuos de esta corporacion, cuyo voto puede considerarse como una anticipacion de la opinion pública. Me prometo encontrar una acogida igualmente benévola de parte de mis lectores; y en vez de hallar en ellos censores dispuestos á no perdonar ninguna falta, espero, por el contrario, que me auxilién con sus luces para la continuacion de un trabajo, cuyo objeto principal es suscitar entre nosotros asuntos importantes de discusion, y llamar la atencion de nuestros literatos hácia aquellos puntos que mas interesan de nuestra historia, para que el acopio de materiales y la reunion de luces que de los trabajos de todos resulten, venga á producir por fin un cuerpo completo de historia nacional. Recibiré, pues, con aprecio las observacio-

nes que se me comuniquen y los consejos que se me den, contestando á todo lo que sea objeciones fundadas en razones, aunque omitiré hacerlo, hasta que concluidas estas disertaciones se haya podido formar idea de la totalidad de mi trabajo. En éste no me ceñiré á una relacion histórica de los hechos, que supongo conocidos de un público tan ilustrado, y que por otra parte se hallan en muchos libros, que es fácil consultar, y solo daré noticia extensa de ellos, cuando se trate de cosas poco ó nada conocidas y de documentos que no han salido todavía á luz.

Bajo tales principios, entremos á examinar cuales fueron las causas que produjeron la conquista, que la nacion española hizo de las islas y continente americano á fines del siglo XV y principios del XVI, y cuales los medios que se emplearon para efectuarla: este es el argumento que me he propuesto para esta primera disertacion, comenzando por los conocimientos generales, indispensables para descender confruto á nuestra historia particular.

Las circunstancias en que las grandes potencias de la Europa se encontraron, hasta mediados del siglo XV, habian concentrado la atencion de cada una de ellas dentro de sí mismas. Las cruzadas, consideradas hasta el siglo XVII, como meros actos de una piedad ardiente; desacreditadas por los filósofos impíos del siglo XVIII, como excesos de ^{exi} estravagancia de un fanatismo frenético; mejor examinadas por los escritores imparciales y profundos de nuestros dias, son miradas hoy como una de las causas que mas contribu-

yeron al desarrollo de la inteligencia humana, á la estabilidad y regularidad de los gobiernos y á los adelantos de la geografia y del comercio. La autoridad de los monarcas, tan vacilante en el régimen feudal, recibió un grande aumento por las modificaciones que éste sufrió, á consecuencia de aquellas guerras distantes, que bajo la bandera de la Cruz sacaron de sus castillos á una nobleza altiva y guerrera. El elemento popular, que entonces tuvo origen en algunas naciones, y que adquirió mayor importancia en otras, sirvió de apoyo á los monarcas contra los grandes vasallos sediciosos, é hizo que los vecinos de las municipalidades empezasen á tomar parte en los grandes negocios del estado. Desde entonces el objeto de todos los monarcas no fué otro que reunir á sus coronas los grandes feudos, desmembrados de ellas, y formar cuerpos de nacion, de los que hasta entonces no habian sido mas que miembros débilmente ligados entre sí, y prontos á sublevarse contra el soberano. Esta grande y difícil empresa, seguida con acierto y perseverancia durante mucho tiempo, vino á consumarse en el siglo XV, pues si bien quedaron subsistentes los señoríos territoriales, se extinguieron todos aquellos derechos que los hacian casi independientes é iguales al soberano; y aquella nobleza guerrera, conservando todo el espíritu marcial que la caracterizaba, no solamente no fué ya un obstáculo al ejercicio de la auctoridad real, sino que empleó en su apoyo y servicio el poder de que habia quedado en posesion, y de ella salieron los grandes capitanes, los

profundos políticos y los hábiles administradores que tanto esplendor dieron á sus respectivas naciones. Estas quedaron formadas y en aptitud de emplear en grandes empresas exteriores las fuerzas que hasta entonces se habían consumido en guerras domésticas. El espíritu inquieto é invasor, heredado de los pueblos ambulantes del Norte, de quienes proceden las naciones modernas de la Europa, quedó subsistente; pero tomó nueva direccion y mayor impulso, por las mayores fuerzas que aquellas adquirieron. Todas pretendieron desde entonces engrandecerse á expensas de sus vecinos mas débiles, y con ligeros títulos, y aun sin pretextos algunos, de lo que en nuestros dias tenemos tambien, por desgracia, tantos ejemplos, entraron en guerras largas y destructoras, ya para aprovecharse de los territorios ajenos, ya para repartirlos entre sí, que fué la causa de las diversas invasiones que por entonces sufrió la desgraciada Italia, la primera en experimentar los efectos de esta mudanza, acaecida en la política general de la Europa.

Las cruzadas habian dejado en los espíritus fuertes y duraderas impresiones. Estas grandes empresas, que por la primera vez, desde la destruccion del imperio romano, habian reunido las fuerzas de las naciones formadas de las ruinas de aquel, para obrar unidas y con un mismo fin, habian tenido por objeto en su principio librar del dominio de los mahometanos el sepulcro de nuestro Salvador y los lugares consagrados por su presencia; pero despues las miras de los cruzados se dirigieron á apoderarse de toda el Asia,

y dando fácilmente extension á la idea que habia sido el primer móvil de las guerras santas, se tuvo, no solo por lícito, sino por la accion mas meritoria, hacer la guerra á los infieles y despojarlos de sus tierras y posesiones. De los mahometanos pasó esta propaganda armada á los hereges y paganos, y una cruzada se publicó y se formó bajo las órdenes del célebre Simon de Monfort contra los albigenses, y otra, que dió origen al orden teutónico, contra los idólatras que habitaban el norte de la Alemania, á la que se debe la fundacion de muchas de las grandes ciudades del Báltico y la civilizacion de varias de las provincias que hoy forman el reino de Prusia. Así vino á establecerse la opinion uniforme y general en todas las naciones de la Europa en aquel tiempo, no solo de la licitud, sino aun de la obligacion que las naciones cristianas tenian de hacer la guerra á los infieles, y el derecho que esta les daba para aprovecharse de sus despojos.

Estas causas que obraban simultáneamente en todas las naciones europeas, tanto para reunir las bajo gobiernos vigorosos, como para dar una direccion á la opinion, eran mucho mas poderosas en España, donde una guerra de 700 años para recobrar el territorio nacional habia ocupado constantemente los espíritus, y esta guerra dirigida contra los invasores infieles, que era verdaderamente una guerra santa y nacional, habia debido arraigar mas y mas en los españoles la idea de que tal era el carácter de todas las que se hiciesen á los infieles. Una feliz revolucion hizo

pasar la corona de Castilla á las sienes de Isabel, y su matrimonio con Fernando de Aragon reuniendo las dos monarquias, aunque conservándoles sus leyes particulares, dió un gran poder á aquellos ilustres esposos, cuyo primer ensayo fué la conquista de Granada y la total ruina del imperio de los moros en España. Las medidas que tomaron para afirmar y aumentar su autoridad en el interior fueron igualmente felices: la incorporacion á la corona de los grandes maestrazgos de las órdenes militares, no solo aumentó inmensamente el poder real, sino que le libró de la dependencia en que de continuo le tenian aquellos gefes turbulentos de unos religiosos armados, y las leyes dictadas en las famosas cortes de Toledo, dando influjo y poder á las municipalidades, despertaron el espíritu público, inspirando en los españoles libres, dirigidos por una nobleza guerrera, el ardor y entusiasmo capaces de las mayores empresas. Aquellos soberanos, exentos de todo cuidado doméstico, dirijen sus armas al reino de Nápoles, y lo someten á su dominio por la habilidad y pericia del gran capitán: la conquista comenzada por las batallas de Seminara y de Ceriñola, se consolida y afirma por la brillante victoria del Garillano, y une aquella corona á la de Aragon, á cuya familia pertenecia ya la Sicilia desde las famosas vísperas sicilianas: en seguida Fernando, despues del fallecimiento de su esposa, ocupa la Navarra, sin mas esfuerzo que hacer marchar á ella á Federico de Toledo duque de Alva con sus vasallos, al mismo tiempo que el cardenal Cisneros con una

escuadra y un ejército, levantados á sus expensas, bajo el mando del célebre y desgraciado conde Pedro Navarro, recorria la costa de Africa, vengando en ellas los agravios que su nacion habia recibido en siete siglos, y estableciendo aquella linea de puntos militares que debia impedir que se formasen por las potencias mahometanas nuevos intentos contra España, y ser una barrera que contuviese la pirateria de aquellos corsarios. ¡Dias de gloria y de prosperidad para España, bien diversos de los dias de miseria y confusion á que la ha traído en los nuestros el desenfreno de las pasiones y el furor de los partidos! Todo entonces prosperaba para ella, y aun sus mismos reveses contribuian á aumentar su poder y su gloria. Así fué como la funesta batalla de Ravena dió tal lustre á sus armas, que poco tiempo despues de ella, el virey de Nápoles D. Ramon de Cardona recorrió, casi sin resistencia, una parte de la Lombardia y los estados de tierra firme de la república veneciana.

La falta de sucesion varonil de los reyes católicos, fuente de todos los males que en adelante recayeron sobre aquella monarquía, fué por entonces motivo de engrandecimiento, haciendo pasar la corona á la cabeza de Carlos V. Al inmenso poder que esta rica herencia le daba, unia aquel monarca el de sus propios estados de Austria y de Flandes, y habiendo recibido despues la corona imperial, no hubo ya límite á su ambicion y á sus empresas. El ejército imperial á las órdenes de D. Fernando Dávalos, marqués de Pescara, triunfa en Pa-

via del rey de Francia en persona y le hace prisionero: marcha en seguida bajo el mando del condestable de Borbon á castigar en la desgraciada capital del mundo cristiano la participacion que el papa habia tenido en la liga italiana: la ciudad es tomada en pocas horas de ataque y entregada al saqueo á la vista del ejército que debia defenderla y que no se atrevió á moverse en su auxilio: se dirige de allí á Toscana conducido por Fernando de Gonzaga y D. Diego Sarmiento y tiene la funesta gloria de extinguir los últimos destellos de la libertad italiana con la ruina de la república florentina. Un príncipe desposeido del trono de Tunez implora la proteccion del emperador y este se la concede, aprovechando esta ocasion para destruir el poder de Barbaroja: de toda la extension de sus dominios acuden tropas y escuadras al llamado desu soberano: el papa bendice la expedicion y concede gracias espirituales á los que tomen parte en esta guerra, considerada santa, como todas las que se hacian contra infieles: otro Dávalos, Alfonso, marqués del Vasto, sobrino del de Pescara y como él napolitano de nacimiento, toma el mando de este inmenso armamento, el mayor que la Europa habia visto, desde las cruzadas, y tiene la honra de que el emperador mismo milite bajo sus órdenes: el ejército desembarca á la vista de Tunez y tres columnas, cada una de diversa nacion, atacan la Goleta, fortaleza tenida por inexpugnable y no obstante estar guarnecida por seis mil turcos escojidos, y armada con trescientos cañones, es tomada por asalto y en seguida se rinde la

ciudad defendida por cincuenta mil combatientes: victoria que hubiera sido mas gloriosa, si no la hubieran manchado los vencedores con el saqueo y la matanza horrorosa de los habitantes. Nada parecia ya imposible á los españoles: ni aun los obstáculos de la naturaleza y de los elementos eran poderosos para contenerlos, y así fué como el célebre duque de Alva, Fernando de Toledo, pasó el Elva al frente de un ejército español á la vista del enemigo, y mas tarde D. Luis de Requesens, gobernador de los Países bajos, acometió y llevó al cabo la temeraria empresa, de hacer atravesar á vado por una columna de tres mil hombres, á las órdenes del célebre Osorio de Ulloa, en una noche tempestuosa y aprovechando la baja marea, el brazo de mar de mas de legua y media de ancho que separa la Zelanda de la Holanda, bajo el fuego de la escuadra holandesa. Estos sucesos, que los unos precedieron á la conquista, los otros fueron contemporáneos y algunos poco posteriores, prueban que en aquella época los españoles creian que todo lo podian, y esta conviccion bastaba para crear el entusiasmo que les hacia acometerlo todo. *Possunt quia posse videntur* como los luchadores de Virgilio. Religiosos hasta el fanatismo, guerreros por una escuela de setecientos años de continuos combates, constantes y tenaces en la adversidad, poseidos de las ideas caballerescas del siglo, estaban ansiosos de empresas que pusiesen á la prueba todas estas calidades, y el nuevo mundo iba bien pronto á presentárselas.

Mientras que en Europa se formaban las opiniones y el poder que habían de dominar este hemisferio, veamos cuales eran las circunstancias peculiares en que él se encontraba. Echando la vista por toda su inmensa extension, observamos desde luego dos grandes monarquías, la una en el continente del Norte, y la otra en el del Sur, que se habian formado de pequeños principios, conquistando sucesivamente los territorios de otros príncipes menores, á quienes los españoles llamaron caciques, por una voz derivada del idioma que se hablaba en Haití, ó sujetando las tribus independientes. Estas conquistas eran en gran parte demasiado recientes, para que hubiesen podido incorporarse sólidamente en la masa de la nacion, y en algunas de ellas habian quedado, en calidad de tributarios, los mismos pequeños soberanos del pais conquistado. El resto lo ocupaban otros monarcas de menor importancia, algunos caciques independientes y las tribus errantes que no habian tomado todavía ninguna forma regular de administracion política. Las mayores y mas civilizadas de las islas, conocidas con el nombre de Antillas, en que se practicaba el cultivo y labranza de las tierras, estaban sujetas á varios caciques, y se veian atacadas incesantemente por los habitantes de las otras islas menores, que acostumbrados á alimentarse de carne humana, venian á saltar á los habitantes para devorarlos; costumbre horrible, que se halló establecida en casi todo este hemisferio, excepto en el Perú, y que será motivo de consideraciones mas extensas en que entraré mas adelante.

En nuestra república el imperio megicano se extendia, segun puede inferirse en la obscuridad que hay en este punto, hasta uno y otro mar por dos brazos prolongados al Oriente hasta las costas de Veracruz, y al Sur hasta la desembocadura del rio de Zacatula; sus límites al Poniente y al Norte eran muy reducidos, pues no pasaban de Tula en la primera de estas direcciones, y de la cordillera de las montañas de Pachuca en la otra. Esta conformacion tan irregular lo exponia á frecuentes guerras con sus vecinos, que tambien eran movidas por el caracter belicoso de los príncipes, que durante una larga sucesion ocuparon el trono, y por la necesidad de hacer prisioneros para proveer de víctimas las aras de sus divinidades. Por una singularidad que mas tarde tendremos motivo de explicar, venimos á encontrar en América, aunque sin contacto ninguno con la Europa, ese mismo sistema feudal que entonces trataban de destruir con tanto empeño los monarcas europeos, y que por las frecuentes desobediencias de los caciques, ya para marchar á la guerra con el soberano, ya para pagarle los tributos establecidos, era motivo de guerras continuas domésticas, así como lo habia sido en Europa. Este imperio era electivo, y para aumentar mas nuestra admiracion por otra semejanza notable, el sistema de eleccion era el mismo que entonces se observaba en el imperio germánico, teniendo el derecho de elegir los dos soberanos hereditarios de Tezcucó y Tacuba. Tambien encontramos en nuestro pais un remedo de las repúblicas aristocráticas en la de Tlascalá, gober-

nada por el consejo que formaban los caciques ò señores de los cuatro barrios principales. La monarquía de Michoacán ocupaba, con poca diferencia, lo que hoy forma el departamento de este nombre, y lo demás, de lo que podemos llamar la parte civilizada del país, estaba distribuido entre diversos caciques, quedando toda la extensión de Tula al Norte, y al Poniente ocupada por las tribus errantes de los chichimecas que infestaban la parte civilizada, como lo hacen ahora los apaches en los departamentos del Norte y que dieron hartó que hacer por largo tiempo al gobierno español, según veremos en el curso de estas disertaciones.

El príncipe que ocupaba á la sazón el trono de Méjico, guerrero en su juventud, se habia dejado afeminar con los placeres del poder absoluto, siendo la poligamia uno de los derechos de la soberanía. Su espíritu además estaba poseido de funestas supersticiones, y una predicción, generalmente recibida, de la venida de unas gentes extrañas del Oriente, que habian de destruir su imperio, le preparaba á temer su cumplimiento en sus dias. Todas las causas, pues, que habian impedido por largo tiempo el que las naciones de Europa hiciesen ningun esfuerzo fuera de sus límites, se hallaban reunidas en el antiguo Anáhuac para poner en riesgo la existencia de la monarquía mejicana. Division en muchas secciones pequeñas, vecinos descontentos ó declaradamente enemigos, súbditos poderosos propensos á la desobediencia; y si á esto se agrega la falta de todos los cuadrúpedos grandes,

la ignorancia de todos los inventos que habian hecho una revolucion completa en el arte de la guerra en Europa, y de todos los adelantos que habia habido en las ciencias y consiguientemente en las artes, se verá que el nuevo mundo no estaba en manera alguna en estado de entrar en lucha con el antiguo; que su descubrimiento no seria mas que la señal de su dependencia, y que habia de ser necesariamente la presa de la primera nacion de Europa que tuviera conocimiento de su existencia.

Este conocimiento no podia estar oculto ya por más tiempo. A medida que los gobiernos europeos habian adquirido estabilidad y poder, las ciencias habian hecho considerables progresos, y estos, unidos á los adelantos prácticos de la navegacion, debian precisamente conducir á un conocimiento perfecto de la figura del globo que habitamos, de la posibilidad de la navegacion al rededor de él y de la probabilidad de encontrar nuevas tierras en el inmenso espacio hasta entonces ignorado: habia llegado ya el siglo en que, cumpliéndose la célebre profecía del trágico español, el Océano rompiese las prisiones que impedian el conocimiento de las verdades físicas ocultas en su tiempo, en que se descubriese un gran continente, y en que la diosa de los mares diese á conocer un nuevo mundo.

Cuanto mas medito sobre estas palabras de Séneca en el coro con que termina el 2º acto de su *Medea*, mas y mas me convenzo que ellas no son una figura poética, ni un recuerdo de la Atlántida de Pla-